

Un ejercicio latinoamericanista

América Latina y las independencias en el escrutinio de la historiografía del siglo XXI

RAFAEL RUBIANO MUÑOZ

Ediciones desde abajo,
Bogotá, 2011, 338 págs.

LAS PALABRAS iniciales de la presentación son reveladoras, el autor admite que los cuatro capítulos del libro “son apenas atisbos y aproximaciones al profundo tema de las independencias de nuestro continente”. Imposible no evocar tiempos idos de la escritura de ensayos en América Latina, cuando el autor admite enseguida que sus ensayos “contienen de manera intuitiva pero decidida” comentarios sobre las obras de cuatro historiadores del siglo xx que él ha escogido para elaborar su reflexión. Digamos, entonces, que Rafael Rubiano anuncia así el camino de sus cuatro ensayos, “aproximaciones muy preliminares”, vuelve a advertir, basados en las obras de José Luis Romero, Sergio Bagú, John Lynch y Mario Góngora. ¿Por qué ellos? Tal vez, como lo dice el autor, porque se trata de los más destacados latinoamericanistas del siglo xx. El latinoamericanismo, muy difícil de practicar y muy necesario, ha tenido en esos nombres unos destacados oficianes, sin duda. Pero, bueno, al lector le corresponde encontrar los criterios del autor para hacer sus elecciones; y también le corresponde decir, con ejercicio de su propio criterio, si está de acuerdo de su propio criterio, si está de acuerdo con la selección leída.

Un criterio parece imponerse de modo ostensible; los cuatro latinoamericanistas fueron, principalmente, historiadores. Rubiano, en la presentación general, no se detiene con particular énfasis en ese detalle; prefiere referirse a ellos como “latinoamericanistas”, parece definirlos más por lo que fue su objeto de preocupación, que por lo que construyeron acerca de ese objeto. Sin embargo, al leer el interior de cada ensayo el oficio de historiador está examinado con algún detalle, un acierto del autor del libro. Pero, insistamos, la caracterización preliminar no se detiene en resolvernos algo básico: ¿A quién llamamos “latinoamericanista”? ¿Eso es una vocación, una preocupación?

¿Es posible que Latinoamérica sea un objeto de estudio diferenciado? Digamos, a favor del autor de estos ensayos, que seguramente cualquier examen de lo que han sido las ciencias humanas en el siglo xx latinoamericano tendría que incluir, sin duda alguna, un examen de los autores reunidos en esta obra.

Hay, quizá, en esta selección un autor que se aparta del resto. Se trata de John Lynch, porque aún vive y porque es un historiador inglés. Los otros tres son productos de este lado del Atlántico y, además, se parecen en que son muestra del estado de las ciencias humanas, del pensamiento político y de la escritura de la historia en el sur del continente. Argentina y Chile son, según este libro de Rubiano, paradigmas dignos de examen en estos ejercicios de balance. Esta notoria inclinación en la escogencia nos dice mucho a nosotros, los colombianos. Nos dice que buscamos ciertos referentes. Podemos lanzar nuestra opinión al respecto: Argentina, Chile, México y Brasil reúnen tradiciones mucho más gruesas en la constitución de las ciencias humanas y sociales; sus sistemas universitarios garantizaron ciertos grados de autonomía y de diferenciación de saberes. La comparación puede ser odiosa y flagelante, pero nos ayuda mucho a entender lo que no hemos podido ser ni hacer en la construcción de un sistema nacional universitario y en la consolidación de unas ciencias sociales.

Ahora fijémonos en la calidad del análisis que hace Rubiano. ¿Hay unas premisas, hay un método, hay un propósito? Digamos que hay varios detalles que sugieren un sistema de análisis; para cada autor hay una presentación bibliográfica, no muy detallada pero suficiente; hay al final de cada ensayo un listado bibliográfico especializado. Hay algunos datos biográficos, eso sí muy escasos, lo que constituye una deficiencia ostensible si uno de los propósitos era lograr una divulgación amplia de este pensamiento latinoamericanista. Por ejemplo, en torno a Sergio Bagú dice muy poco, casi nada, sobre su condición de doble nacionalidad, argentino y mexicano. Pero más que unas premisas y una perspectiva de análisis, encontramos unas insistencias en cada ensayo.

¿Cuáles son esas insistencias? Una sobresale entre otras: Rafael Rubiano

parece buscar en ellos modelos éticos del trabajo intelectual. Los ensayos coleccionan atributos que supuestamente distinguieron a estos pensadores. En José Luis Romero destaca “la obstinación y la pasión que le fue característica (sic) en sus esfuerzos” [pág. 26]; en Sergio Bagú destaca “su insobornable ética intelectual” [pág. 99] que, probablemente, se enfrentó “denodadamente con los dogmatismos y con la ideologización de la ciencia disfrazada de tecnicismo o politización voluntarista” [pág. 105]. Acerca de Lynch, dice que su obra intelectual despierta “una admiración que con el tiempo se ha vuelto motivo de entusiasmo y asombro” [pág. 164]. Al chileno Mario Góngora le abona que afrontó los problemas latinoamericanos “sin la arrogancia apologética” [pág. 241]. Todos ellos parecen ofrecer un modo de abordar el estudio de las sociedades latinoamericanas y, sobre todo, un modo de entender el oficio intelectual en general.

Hay otra insistencia muy sostenida. Cada uno, en esta obra de Rubiano, constituye la construcción de una ruptura creativa en el campo de las ciencias humanas y sociales en América Latina. Ninguno es un mero prolongador de modelos de otra parte, a cada uno se le puede atribuir un grado de autenticidad y deslinde con tradiciones que habían generado esclerosis en la investigación social. Todos coinciden, con su diversidad de matices, en haber contribuido a una profesionalización de las ciencias humanas y sociales y a una puesta al día con respecto a las innovaciones epistemológicas. José Luis Romero estableció conversación con la influyente Escuela de los Annales; Sergio Bagú conversó con el marxismo en distintas modulaciones. Pero hay algo que asoma más determinante en todos ellos, incluso en el caso peculiar de John Lynch; al leer estos ensayos se logra llegar a una definición aproximada de lo que es o podría ser un latinoamericanista. Es un intelectual que por sus preocupaciones, por sus formas de análisis y por su trayectoria creativa se concentró en examinar la situación de América Latina en el proceso general del capitalismo; en determinar cuál ha sido el lugar de esta parte del continente americano en el sistema mundial.

El autor ha atinado en el examen de los aportes medulares de cada autor;

HISTORIA		RESEÑAS
<p>de sus trayectorias; de sus experiencias diversas; de sus hallazgos; de los debates que han suscitado. Quizá no se detuvo en detalle en lo que pueden ser sus excesos o vacíos, que los tuvieron. Pero más interesante aún, es que haya querido mostrar que en estos autores hubo métodos de trabajo, formas de artesanía intelectual. Ahí, principalmente, se halla el magisterio de todos estos señores intelectuales que abrieron caminos a las posteriores generaciones universitarias de investigadores en las ciencias sociales en América Latina. Por ejemplo, José Luis Romero inauguró con solvencia el melifluido campo de la historia de las mentalidades; a su modo, nos ayudó a entender la importancia de estudiar a los intelectuales y sus ideas. Sergio Bagú hizo su propia y original travesía, a partir del marxismo, para explicar el lugar del subcontinente en el sistema mundo capitalista, y Rubiano dice al respecto que se adelantó en el asunto a Immanuel Wallerstein. En Mario Góngora es claro, mientras tanto, que hizo una trascendental contribución en los estudios del mundo colonial hispanoamericano.</p> <p>John Lynch es, insisto, caso aparte. Podría o pudo ser pretexto para otro libro junto a otros latinoamericanistas europeos; por qué no discutir su obra al lado de lo que han dicho en los últimos decenios los historiadores franceses y alemanes, por ejemplo, interesados en América Latina. Allí hay una veta de examen nada despreciable que el autor ha logrado insinuarla en este libro. Aun así, digamos que Rubiano le hace examen juicioso a su obra y creo que acierta en las líneas generales que la distinguen. Cuatro temas, creo yo, son los que ha concentrado la figura de Lynch: su visión panorámica de la Independencia hispanoamericana; su estudio socio-histórico de la emergencia de los caudillos; el análisis del legado y las características de la Ilustración española; y su talento como biógrafo. Algo más, a Lynch hay que examinarlo como escritor y como historiador, una mezcla que ha sido atributo o rasgo en la formación de los historiadores británicos.</p> <p>Hemos estado frente a una lectura inteligente de todos estos autores; además de eso nos ha puesto a pensar en lo que puede haber significado para nosotros, hoy, las tradiciones y legados de esos autores. Estamos ante un ejercicio</p>	<p>indispensable de balance historiográfico y, más ampliamente, de lo que ha sido el devenir de las ciencias sociales en América Latina. El autor ni se concentró en exceso ni se dispersó; situó bien las resonancias y las discusiones de cada obra. Faltó algo de sospecha, muy merecida por cierto. Me explico, estos escritores que fueron prolijos, algunos todavía con tendencia a la poligrafía –quizá sea el caso de Sergio Bagú–, no siempre escribieron de modo original. Pudieron y debieron repetirse, por no decir que recurrieron a fórmulas de autoplagio. No es nada escandaloso; eso formó parte de un mundo intelectual menos autocontrolado que el de ahora. Hoy es muy difícil escribir y repetirse, siempre habrá un puntilloso evaluador (un “par académico”, decimos hoy) que lance una advertencia acerca de algo que fue publicado en otra parte y que está a punto de repetirse.</p> <p>Estos ensayos reúnen una lectura inteligente que nos recuerda lo difícil que ha sido, entre nosotros, establecer siquiera algún grado de comunión intelectual en América Latina. Brasil aun sigue muy lejos de nosotros y aunque el coloso latinoamericano es hoy por hoy uno de los centros más activos de producción de conocimiento en las ciencias sociales, todavía lo seguimos sintiendo muy exótico en cualquier conversación. No sería mala idea aprovechar estos ejercicios de balance historiográfico para conversar con esa parte despreciada de nuestro continente. Se nos olvida, también, que los ejercicios de historia comparada de América Latina siguen guardados en el tintero. Aparte de los esfuerzos de libros colectivos, que son muy aislados y a veces poco fructíferos, no hay investigación comparativa sistemática en nuestro país. No podemos olvidar que los archivos y centros de documentación sobre América Latina suelen estar fuera de nuestro alcance. Todavía es hecho milagroso ir a México, Chile o Argentina a indagar en archivos que son muy fragmentarios, mientras las universidades estadounidenses y europeas guardan documentación que, en muchos casos, ha sido esquilpada de sus lugares de origen. Esos escollos han servido para volver más interesante investigar en y sobre América Latina.</p> <p>Asimismo hay temas irresueltos entre nosotros que, bueno, no eran asunto</p>	<p>principal de los escritores reunidos por Rubiano; aunque, sobre todo, John Lynch pudo haber suministrado materia para esbozarlo. Se trata del lugar atribuible en la historia a la figura del caudillo. La obra del historiador británico es particularmente rica para discutir la importancia de los caudillos en la formación nacional. Lynch ha sido un extraordinario biógrafo, faceta desatendida por Rubiano en este libro. Como biógrafo, principalmente, Lynch nos ha mostrado un exuberante panorama de los alcances políticos de la actuación de caudillos carismáticos, especialmente en su estudio sobre Juan Manuel Rosas en Argentina; a mi modo de ver, la biografía sobre Simón Bolívar no es tan brillante como aquella que escribió sobre el caudillo argentino. Pero, en fin, Rubiano descuidó un aspecto sobresaliente de Lynch como biógrafo y como estudioso del fenómeno del caudillismo que, en nuestros días, es un tema muy vigente y muy complicado a la hora de dar respuestas. Algunas páginas, y más bien algunos párrafos, no son suficientes para dar cuenta de una de las contribuciones más interesantes del historiador británico.</p> <p>Ahora bien, el título del libro parece un despiste o un atractivo para atrapar lectores. “Las independencias” no ha sido de manera exacta el pretexto central en el examen de Rubiano. Aunque, recordemos de nuevo, John Lynch pudo haber sido el autor más digno de ser analizado en ese aspecto. Por momentos, los ensayos se diluyen en la enumeración de temas tratados por los autores escogidos; lo que delata que hizo falta anudar mejor a estos científicos sociales alrededor de algunos problemas centrales. Uno de ellos pudo ser, por supuesto, las revoluciones de independencia, pero también pudieron serlo la construcción de la nación, los problemas inherentes a la democracia representativa, en fin. Por supuesto, uno de esos problemas ha sido y sigue siendo el de los variados populismos que nos ponen en la perspectiva de lo que ha sido, entre nosotros, la historiografía política latinoamericana. En definitiva, en este último punto el libro nos ofrece muy poco. De todas maneras, aun así, hay que abonarle al autor una lectura inteligente de las trayectorias intelectuales de estos cuatro autores.</p>

Por último, ¿qué tan legible es el libro? En términos generales se trata de un texto claro, comprensible; pero le hizo falta una corrección de estilo, un cuidado mayor de los editores. Por momentos se percibe como un buen borrador que mereció depuraciones en el estilo y llamados de atención preliminares sobre ausencias y excesos. Aun así hay que reconocerle a Rafael Rubiano una genuina contribución a un necesario balance de lo que ha sido escribir sobre América Latina. Es un valioso esfuerzo por sacudirnos de preocupaciones lugareñas y salir a conversar con el vecindario intelectual.

Gilberto Loaiza Cano
